

cerca venían nuestras tropas, que no se atrevían á despojarme de mis ropas. Mientras que no me quitaron más que el dinero; el perro sabiendo la poca importancia que le doy, contuvo voluntariamente su resistencia, pero cuando su mano audáz trató de arrancarme la cruz de San Fernando... entonces el animal da un salto, muerde, y de una

me la arranca del pecho, y cree el faccioso que se la ha tragado! ¡Este hecho le parece tan prodigioso, que huye despavorido!.... Una hora después vuelvo en mí, abro los ojos, y lo primero que veo es mi perro que me devuelve mi cruz que había guardado en su boca, y marchando sin pedir recompensa, va en busca de algunos soldados



La caza del ciervo.

dentellada se queda con dos dedos. Hay el primer faccioso mutilado, y el segundo insiste, y comienza de nuevo la lucha. Tres veces el carlista se apodera de la insignia militar, y tres veces tiene que soltarla. En fin, *Turco*, conociendo que va á ser vencido, se arroja sobre la cruz,

que conduce al sitio donde me hallaba herido. Advertí que durante el camino, y matando dos pájaros con una misma pedrada, había hecho cayesen prisioneros de mis soldados los dos facciosos que contaron este admirable lance, muy celebrado en el cuartel general.

SEGUNDA SERIE.—1855.

AÑO III. 20.

—En verdad, que semejante animal, me hace creer en la tradicion del perro de Bheirou, que lei el otro dia en una obra indiana.

—Contádmela.

—El Bandjarra Daby, habia prestado á su vecino Djaram, mil rupias, para establecer un comercio en la ciudad inmediata, dejándole en garantía su perro Bheirou, justamente célebre en toda la tribu. Con la elocuencia posible, y al alcance de un animal, le recomendó la mayor fidelidad á su huésped, hasta su vuelta dentro de un año. Bheirou se obligó á su manera, recibió la despedida de Daby sin tratar de seguirle, y muy pronto cumplió noblemente su palabra rechazando á unos ladrones que iban á matar y robar á Djaram. Reconocido éste, llenó de caricias á Bheirou y le dió á entender que era libre de ir á reunirse con su amo. El animal meneaba la cabeza con escrúpulo; pero el acreedor llega á persuadirle, y se marcha. Llega gozoso y alegre á la puerta de Daby, y se precipita hácia él llenándole de halagos, pero el puritano deudor cree que ha faltado á su palabra huyendo, y en el primer acceso de cólera, le da un sablazo y lo mata.... Entonces y solo entonces

vió en el cuello del perro una carta cuidadosamente atada y encontró en ella, llorando de remordimiento, el recibo de las mil rupias, y la historia de la noble conducta de Bheirou, escrito todo de puño y letra de Djaram! Daby espíó su injusticia consagrandole la cantidad que iba á devolver á su amigo, en la ereccion de un monumento en honor de su perro. Este monumento llamado *Koukarri-Gaon*, se ve aun hoy en la India, y se cree que la tierra que hay á su alrededor es una eficaz y excelente medicina contra las mordeduras de animales rabiosos.

La víspera de mi marcha de la quinta del conde de L.... quise sacar el retrato de *Turco*. El conde me habia reconciliado completamente con él, y para indemnizarme del mal rato de mi primera cacería, me llevó á otra de reses mayores, en donde el *Turco*, unido á otros perros de la jauría del conde, se lució completamente sujetando á una hermosa cierva, poniendo en accion el magnífico cuadro de la cogida del ciervo, del inteligente Oudry, con cuya obra maestra cerramos dignamente esta epopeya canina.

ESTUDIOS DE VIAGES.

VIAGE AL MAR ROJO.

El mar Rojo.—Mahoma y su Coran.—Peregrinacion á la Meca.—Medina.—Sepulcro de Mahoma.

No hay viage ninguno mas rico de recuerdos y de impresiones como un viage á Oriente. Allí, cerca de la cuna del mundo teniendo por compañera de viage la misteriosa antigüedad, cada uno de los pasos del viajero le acercan á los sitios donde se consumaron los destinos de sus primeros padres, pareciendo aproximarlos al Dios que entonces se reveló á ellos.

El mar Rojo, aquel lago santo que vió en sus orillas desarrollarse todas las páginas de los diferentes dramas sagrados, convertidos hoy en base de las creencias de todos los pueblos del mundo, ofrece á todos, sabios, poetas, artistas, material bastante á sus trabajos favoritos.

Aquel vasto espacio de agua de cerca de trescientas leguas de largo y sesenta de ancho, tiene la forma de una elipse prolongada, cuyo gran eje se dirige de N. N. E. al S. S. E. Su nombre de mar Rojo es debido á la presencia de unos animalillos de colores purpúreos, que en cierta época del verano cubren la superficie de sus aguas porque el fondo se halla compuesto de formaciones corálicas reposando sobre un fondo de arena amarilla, procedente de la desagregacion de rocas de yeso del litoral y por el polvo que eternamente arrastra el viento del desierto.

Dos brisas contrarias y opuestas reinan anualmente en aquellos parages. El viento Sur sopla desde Bab-el-Mandeb hasta Djedda, y el del Norte desde Suez hasta este mismo punto. Una zona de calmas y de brisas variables separa el punto de encuentro de estas dos corrientes de

aire, y permite al cabotage árabe una comunicacion siempre fácil entre las dos opuestas orillas. La causa de este fenómeno meteorológico es fácil de comprender: cuando se piensa en la inmensa estension de abrasadora arenas ofrecidas por la península arábiga á la rarefaccion del aire, y por consecuencia al desalojo de columnas mas frias llamadas del Norte y del Sur, es admirable que Mahoma no haya pensado en cubrir con un velo religioso estas consecuencias enteramente físicas, porque es de notar que de todos los puntos donde el islamismo se ha extendido el viento, es favorable hácia la época del Rhadaman á todos los navíos que depositan en Djedda los peregrinos atraídos por la santa cuaresma.

A la entrada del mar Rojo y sobre los confines del Océano Indiano se levanta un volcan apagado, en cuyo cráter los árabes habian fundado la ciudad de Aden, capital de un estado del mismo nombre. De esta ciudad la política inglesa ha hecho en 1839 en este camino de las Indias un segundo Gibraltar.

Desde Aden las caravanas de peregrinos se dirigen á la Meca, hacen allí un alto y continúan siguiendo la costa arábiga indicada en el horizonte solamente por el brillo ardiente, debido al reflejo de las arenas. Bajo un sol de fuego que abrasa el aire con sus rayos, la brisa seca del desierto viene aun á aumentar los padecimientos del viajero. Nada encuentra en que descansar y distraer sus ojos escepto algunos islotes calcinados y las pesadas barcas de los árabes.

Con todo, del azul oscuro de la mar se lanza ya e. minarete de una mezquita arruinada; un bosque de mástiles donde ondea el estandarte del Profeta oculta apenas un grupo de casas amontonadas sobre las rocas de la ribera y formando la ciudad de Djedda. Este es el último alto de la caravana, la última jornada de la sagrada peregrinacion porque este valle árido y arenoso es el que conduce á la



ciudad santa. Por todas partes está el suelo sembrado de tiendas, de dromedarios, de grupos de peregrinos. Todos, desde el rico y civilizado osmanli hasta el negro salvaje y lleno de harapos de Marruecos, llevan el turbante verde, indicio cierto del sagrado viaje. Sobre las orillas del camino, marcado por los sepulcros de los fieles y por los numerosos esqueletos de los dromedarios muertos agobiados de fatiga, mendigos y santones imploran la caridad musulmana, enseñando los unos asquerosas llagas, ofreciendo los otros en medio de un letárgico éxtasis groseros rosarios. Desde allí aparece el desierto en todo su solemne horror, no el desierto tal cual lo representan los pintores y los poetas, sino una llanura inmensa, tosca y cubierta de guijarros pulimentados y brillantes destrozado aquí y allí por las puntas de las rocas. En estas desoladas y espantosas soledades nada recuerda la vida, de vez en cuando se ven algunas agostadas malezas, algunas palmeras aisladas. El chacal y la hiena dominan allí, y si alguna vez se ve cruzar algún tímido ciervo es para desaparecer inmediatamente en las rocas inmediatas.

A seis leguas de Djedda, en el fondo de este estrecho valle, aparece la Meca, patria de Mahoma; el suelo destrozado que la rodea atestigua el movimiento de los fuegos subterráneos, apagados hoy. En medio de este recinto de rocas de color negruzco y gris, se oculta el tesoro de gracia que los musulmanes vienen á buscar de todos los puntos del globo. ¡Aquí todo es sagrado! Sobre esas rocas, en ese polvo ¡cuántas frentes se inclinan bajo el imperio de la fét! En medio de todas estas poblaciones devoradas por una ardiente piedad, á las puertas mismas de estos monumentos sagrados se admira como esta religion se apaga y palidece á la luz del cristianismo, y porque, en fin, la Europa dudá hoy de la vitalidad de un imperio cuya moral y civilización no son mas que el reflejo de sus creencias religiosas.

En los mas remotos tiempos la Arabia se hallaba entregada al culto primitivo de los patriarcas, algunas tribus aisladas profesaban la fé idolátrica, cuando las leyes de Moisés, el cristianismo y sus heregías penetraron en ella en diferentes épocas. A estas diversas revelaciones los espíritus vacilantes en su creencia, se hallaron dispuestos á recibir una doctrina nueva. ¡Necesitaba la Arabia un apóstol, tuvo un reformador!

Presentóse Mahoma.... rico de poesía y de tradiciones de su tribu célebre entre todas como custodia y guardadora de la Caaba, escribió las máximas del Corán y recogió en Sonna las decisiones de los jurisconsultos y de los teólogos, ofreciendo estos dos libros santos como las bases divinas y humanas de la nueva religion. En este manantial que contiene las leyes morales, civiles y militares, hay que beber para tener una ligera idea de la civilización árabe.

El primer dogma que reconoció Mahoma fué el de la unidad de Dios, pero en odio de la religion cristiana se esforzó con toda la sutileza de una dialéctica aristotélica en concentrar todos los atributos de la Divinidad en la unidad absoluta, separando así siempre el dogma mahometano del dogma cristiano. A pesar de esto esta idea fué progresiva, destruyó la idolatría árabe, reemplazó el dualismo persa, y dió al islamismo ese vuelo vigoroso que le hizo brillar en su nacimiento.

El dogma de la predestinación absoluta, aunque con-

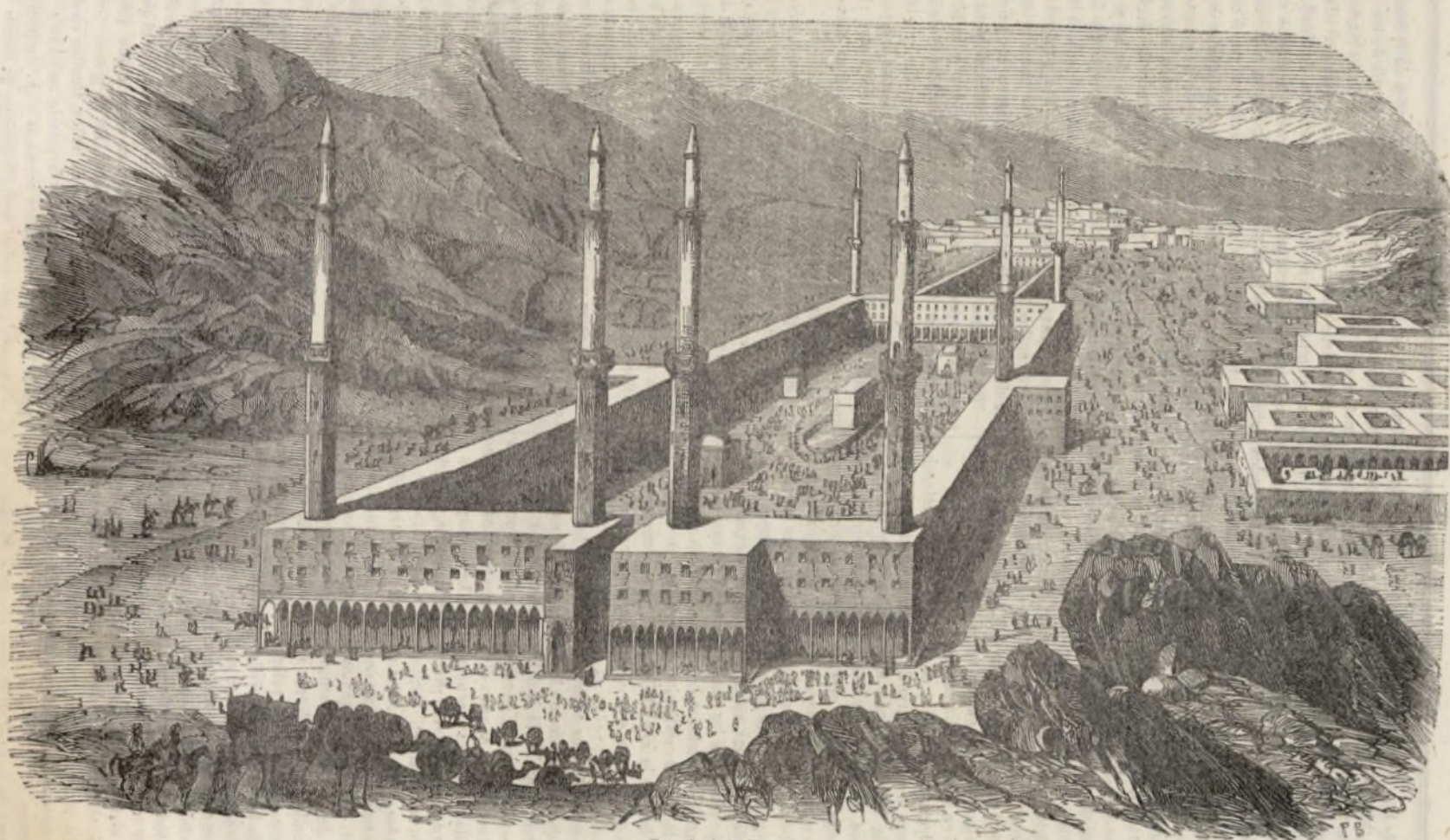
trario al testo del Corán y á las tradiciones de la Sonna, es la creencia desoladora y fatal de la mayoría de los mahometanos. A la influencia de esta doctrina de los pueblos del Oriente, debe atribuirse su molición en la vida privada, y su inercia en todos los actos de la vida política. Agobiados bajo la sentencia irrevocable del ciego destino si alguna vez una febril energía los lanza á acciones vigorosas, al primer obstáculo los abandona y al primer revés vuelven á caer en esa inercia que los somete á recibir un impulso extraño.

Queriendo seguir el camino trazado por las primeras revelaciones, Mahoma reconoció las misiones sagradas de Moisés y de Jesucristo, pero tuvo el cuidado de declararse él mismo á la vez el último y el mas santo de los profetas. Apesar de eso dos fanáticos siguiendo su ejemplo le combaten bandera contra bandera. Entonces abandona la lógica para sancionar la pasión de la guerra tan profundamente impresa en los árabes, y para proclamar como primer deber de su religion la guerra sagrada contra los infieles.

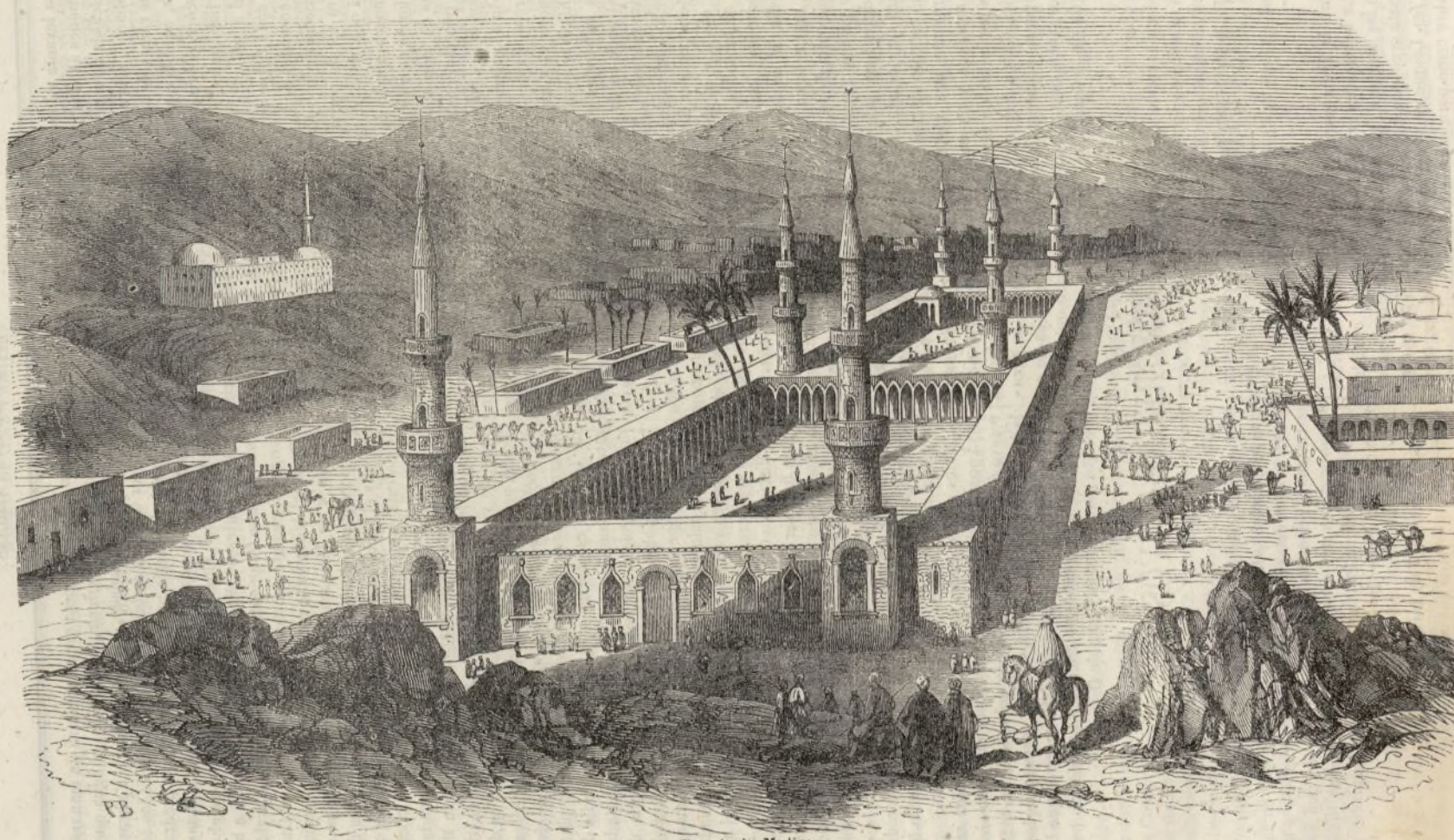
En el dogma de la vida futura, prometiendo penas y recompensas, reconociendo entre el hombre y la Divinidad una gerarquía de seres espirituales, ángeles ó demonios, Mahoma nada inventó, y aun quedó muy inferior á la moral y á la poesía del Oriente pagano. Sábense las promesas groseras de placeres y goces lujuriosos de la otra vida con que se esforzó el profeta en ganar prosélitos manchando el dogma de la inmortalidad.

Considerando á Mahoma como un ambicioso, deseoso de arrastrar en pos de sí discípulos mas fanáticos que ilustrados, se comprende que haya hecho brillar en medio de las arenas de un desierto abrasador, la esperanza de dulces y frescas sombras en la futura patria, que á temperamentos fogosos haya prometido fáciles, variados y eternos amores y que á todos los que á pesar de las miserias de una vida errante seguían su naciente estandarte les haya hecho entrever días de indolencia y de descanso. En esto su obra solo fué diestra y política. En el Corán Mahoma reconoció también la esclavitud del despotismo paterno, la inferioridad de la muger en una palabra, levantó los abusos que el cristianismo acababa de destruir. La mayor parte de su libro santo es relativa á prácticas exteriores; oraciones, ayunos, limosnas, purificaciones, todo está allí especificado: pero en estas prácticas exteriores no hay nada que hable al corazón, todo es allí seco, hasta esa caridad musulmana, que no es mas que la letra muerta de la activa caridad cristiana. Sobre estas bases estableció Mahoma su religion que ha arrebatado al cristianismo todos los pueblos del Oriente.

Oculto en las ruinas del recinto sagrado puede descubrirse á media legua de distancia la ciudad de las ciudades. La Meca puede parecer bastante hermosa á los ojos de los viajeros que no conozcan mas que las tortuosas y estrechas calles de las ciudades árabes: hay en ella anchas calles con casas elevadas cuya blancura fatigante solo interrumpe el verdor de las guirnalda que adornan sus balcones. Mil persianas de mil colores cubren estos jardines aéreos en donde sus moradores vienen á respirar el aire fresco de la tarde, dando á la ciudad un aspecto que solo tienen las grandes ciudades de Oriente. En el primer término se ven palacios, escuelas, casas de baños, tiendas en donde se acampan caravanas enteras formando anfiteatro hasta el pie de las rocas. Las calles arenosas y sin empedrar están cubiertas de un polvo menudísimo que el menor soplo de



Templo de la Meca.



Templo de Medina.

Ayuntamiento de Madrid

la brisa levanta en espeso torbellino. A estos inconvenientes comunes á todas las ciudades de Oriente, viene á reunirse la escasez de agua casi siempre turbia y nauseabunda. Sin embargo, sobre una de las colinas se distinguen á lo lejos las ruínas de un acueducto que hizo construir la bella Zobeida, aquella esposa favorita de los héroes de las *Mil y una Noches*. Sobre este suelo ingrato que no puede alimentar sus habitantes, el comercio es nulo, toda la industria se limita al alquiler de posadas y á la venta de ricas telas, de las que cada fiel se apresura á colgar un pedazo en las paredes veneradas de la Caaba.

En medio de la ciudad que ocupa un círculo cuyo diámetro podrá ser de cerca de un cuarto de legua, se eleva el templo á que debe su celebridad. La mezquita compuesta de un número infinito de construcciones de todas las edades, tiene la forma de un inmenso paralelógramo, cuyas paredes desnudas de todo adorno están blanqueadas con cal. Diez y nueve puertas constantemente abiertas permiten la entrada á los fieles. Sobre la fachada del Norte hay una galería abierta al exterior por una serie de columnas que sostienen arcos ojivales. Allí se hacen llevar los enfermos que descan morir al abrigo de los santos pórticos. En fin, sobre el edificio se alzan y levantan irregularmente colocados graciosos minaretes en el número de la misteriosa cifra de 7. Entrando en la mosquea puede solo comprenderse su inmensa estension. Mas de mil columnas de treinta pies de alto de los mármoles mas preciosos, sostienen con los muros exteriores tres filas de bóvedas, formadas por arcos donde el ojival y el abovedado rompen toda unidad: allí los fieles alumbrados día y noche por lámparas de plata maciza, practican los ritos de la religion mahometana.

En medio del suelo se levanta el templo sagrado de la Caaba, el mas antiguo monumento religioso conocido en el mundo y elevado, dicen, por Abraham al culto del verdadero Dios. Este edificio construido con las rocas parduzcas de los alrededores tiene la forma de un cubo de cerca de veinte y cinco pies de costado. Un rico pabellon negro lo cubre todo el año excepto durante los dias del Rhadaman. En lo interior presenta una vasta sala cuyo pavimento es de preciosos mosaicos y en sus paredes brillan eternamente iluminadas por la luz de lámparas de oro macizo, algunas máximas del Corán. Sobre el mismo pavimento se agrupan aun diversas construcciones macizas que sirven de sepultura á los santos mas venerados. Distínguese entre ellos á la izquierda de la Caaba, un monumento cuadrado coro-

nado con una cúpula y que encierra un manantial de agua clara y fresca. Es decir, la tradicion, el agua que á los ruegos de Agar desolada, brotó de una arena abrasadora para volver la vida á su hijo Ismael, el padre de los árabes. Encima de la puerta principal se ve aun una piedra negra engastada en la pared de la que sobre sale algunas pulgadas. Este mármol, objeto del mas antiguo culto es el que mucho tiempo antes de Mahoma venian los árabes á besar como un precioso fragmento de la roca, traida á Abraham por los ángeles, cuando construia el santuario de la Caaba. En el Norte el triste valle continúa serpenteando en medio de la arena y de las rocas. En el camino se ven aun caravanas de peregrinos dirigiéndose hácia Medina, á fin de adorar en ella el sepulcro del profeta. Este viage no es obligatorio y no está comprendido en el rito de la santa creacion.

Medina, segunda ciudad santa, esta colocada en el límite del gran desierto arábigo, distante de la Meca cerca de cien leguas, participa con su compañera el triste privilegio de vivir de la caridad de los fieles. Allí es donde Mahoma, arrojado de su ciudad natal, vino á predicar su nueva doctrina en el mismo lugar en que hoy se eleva su sepulcro. El templo construido sobre el mismo plano que el de la Meca es mucho mas pequeño. En medio del pavimento se alzan dos palmeras veneradas plantadas por la mano del profeta. No lejos y pegado á la galería del Norte hay una cúpula sostenida por columnas de mármol blancas, todo alrededor está el suelo alfombrado de riquísimos tapices. Entre las columnas una espesa verja y una pesada cortina de damasco verde, impide que penetre ni aun el aire en el santo sepulcro de Mahoma. Allí duermen tambien á su lado sus discípulos Omar y Abou Beckr, que deben en el dia del Juicio final ser despertado por Jesucristo anunciando desde lo alto de este monumento el fin de los siglos: al lado de su sepulcro, existe aun la catedrá ó pulpito que sirvió á Mahoma en sus primeras predicaciones.

La ciudad pequeña y mal construida está rodeada de una triple muralla, hoy casi derruida, en medio hay una fortaleza donde ondea hoy el pabellon egipcio.

Tales son los santos lugares, los monumentos sagrados, cuya posesion disputada á la Puerta por el Egipto victorioso, estuvo á punto de turbar la paz del mundo en 1825, como la ha turbado hoy la disputa sobre la posesion de los santos lugares cristianos entre griegos y latinos, en la que han tomado parte las grandes potencias, y ha sido el principal pretexto para la actual lucha de Oriente.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN RECUERDO DE AMOR.

I.

Hay sobre la hermosura y sobre la fealdad diversas opiniones. La hermosura creen todos que es una cualidad necesaria en las mugeres, y que es muy indiferente en los hombres. Hasta creo que hay un refran que dice *que no hay hombre feo*. Lo que yo sé es, que la fealdad es, tanto para el hombre como para la muger, un manantial fecundo

de disgustos y de desprecios. Casi estoy por decir, que es mas perjudicial la fealdad en los hombres que en las mugeres, porque éstas cuando llegan á ser esposas y madres se resignan, mientras que el hombre muy feo que se casa, se convierte en un furioso celoso, en un tirano insoportable, si ha tenido la fortuna, ó mas bien la desgracia de casarse con una muger bonita.

Todo feo que se casa
Y tiene muger bonita,
Hasta que llegue á ser vieja
El susto no se le quita. ...

Y no obsta esto para que haya hombres feos muy excelentes, para que sean profundamente desgraciados. Su bondad les dispone á la sensibilidad, aman siempre, y desgraciadamente aman á alguna encantadora jóven, de quien no son correspondidos. Hacia yo estas reflexiones al contemplar dos hermosos naranjos que hay en Sevilla á la entrada de la linda posesion de Buena-Esperanza, que pertenece hoy al opulento conde de este título. ¡Bellísimos arbustos, que encierran toda una novela!

II.

En Sevilla hay muchas y deliciosas casas de campo. En ellas pasan las lindas sevillanas el verano, para respirar en aquel clima que abrasa el sol del Mediodía, por las tardes las frescas brisas del Guadalquivir, entre bosques de naranjos y limoneros que embalsaman el aire con sus deliciosos azahares y deleitan la vista con sus hermosos frutos. Generalmente las visitas son raras, cada uno vive encerrado en su casa, y así no es mucho que el fastidio y el tedio vengan á disminuir los encantos del campo. En una casa de éstas vivía con su marido doña Antonia Pacheco, acompañada de una linda sobrina suya, de diez y ocho años, llamada Concepcion. Ocupaban su tiempo en las labores de lujo, propias de señoras, en los paseos por el jardín, y en tocar y cantar al piano, mientras el marido se ocupaba en los negocios de la recoleccion de los frutos de sus grandes cortijos y olivares. Para reunir algunas visitas, proyectaron de las señoras, cansadas de captar solas los mas bonitos duos los *Puritinos* y de la *Norma*, dar un concierto. Este proyecto iba á producir seguramente una revolucion en todas las casas de campo esparcidas sobre las deliciosas márgenes del Guadalquivir. El marido condescendió con el concierto, y se propuso convidar para él á los vecinos inmediatos á su posesion. Había un cuarto de legua de allí una linda casa de campo cuyo propietario era un jóven, y entablóse una discusion sobre si debía ó no invitársele al futuro concierto ó aguardar á que él hubiese primero visitado á las señoras. Acordaron, al fin, el dirigir como por via de paseo sus pasos hácia la linda quinta del solitario jóven, á quien las señoras miraban como un ser romántico y como un partido rico, cosa que no es indiferente cuando se tiene una sobrina de diez y ocho años. Pacheco se sonrió de la discusion, como hombre que conocia muy bien, y sabia quien era el misterioso jóven.

—Como se llama, le preguntó, no sin ponerse un poco colorada Conchita.

—Luis de Lara.

Aquella tarde se puso la carretela. Conchita colocó sobre sus hermosos cabellos negros un bonito sombrero de paja, echó sobre su vestido de batista blanca, un ligero chal de seda escocés, y entró en el carruaje con sus tíos. Siguiéron las orillas del Guadalquivir, cubiertas de delicioso verdor y llegaron hasta cerca de la casa de Lara, donde se apearon. Pacheco las hizo entrar en el jardín, con pretexto de ir á buscar á Lara y avisarle la llegada de las señoras.

Sorprendidas quedaron éstas del orden de este lindo jardín, donde el arte con cierto aire de negligencia habia reunido las mas lindas flores. Grandes masas de rosales, jazmines, camelias y naranjos salían de aquí y allí del sue-

lo cubierto de cesped y producian un delicioso efecto. Esto parterre conducia á la puerta de la casa por una poética calle de laureles, cuyas altas ramas mecían sus flores sobre sus cabezas. Llegaron á los escalones de la puerta, que dos grandes naranjos, cubiertos de una nevada de flores, servían de centinelas, y apoyados contra los cajones pintados de verde en que estaban plantados los naranjos, aguardaron la vuelta del señor Pacheco. Desde allí descubrian la corriente del Guadalquivir que tenía de púrpura los últimos rayos del sol poniente, las verdes colinas cubiertas de frondosos viñedos y la atmósfera tranquila y pura embalsamada con los deliciosos olores que exhalaba el campo.

—¡Qué sitio tan encantador! dijo Conchita, entusiasmada.

—Sí, risueño y triste, respondió su tia, estoy segura de que tu imaginacion forma ya alguna novela.

Llegó entonces Pacheco para decirles que el señor de Lara habia ido á Sevilla y que no volveria hasta el dia siguiente, y que durante su ausencia, su jardinero, soberano absoluto en aquel sitio, les ofrecia la casa para que la viesén y descansasen. Presentóse éste en efecto, y era un respetable viejo, que de la mejor manera que pudo, les aseguró que su amo sentiria mucho no haber estado allí para recibir su visita. Les hizo entrar á un elegante comedor ofreciéndoles que tomasen algo y presentando en un momento ricas y deliciosas frutas. Pasaron despues á la sala elegantemente amueblada, al gabinete y al despacho donde se veía una elegante y bien surtida biblioteca donde habia esquisitos libros. Los muebles, los bustos, los adornos todos revelaban el buen gusto y la ilustracion de su dueño.

—Estoy segura, dijo la señora de Pacheco, de que el señor de Lara es artista ó poeta.

—A fé mia, que no lo sé, señora, dijo el honrado jardinero, que á la verdad ignoraba lo que querian decir aquellas dos palabras. Lo que yo puedo decir es, que el pobre del amo, á pesar de sus pesetas y de su juventud, siempre está triste y apesadumbrado. Yo trabajo como un azacán en cuidar estas hermosas flores que le gustan mucho, y nunca le veo reír, ni conozco cuando está contento. Solo veo por el cuidado que con ellas tiene que son su único placer y por eso las cuido tanto.

—Tío Andrés, dijo el señor de Pacheco, apretando la callosa mano del jardinero: vd. toma por-tristeza las meditaciones de su amo. Que se case, que tenga una muger bonita y hermosos hijos, y le verá vd. tan risueño como esas flores que tanto le gustan.

—Bien podrá ser, caballero, replicó el anciano jardinero.

Con esta conversacion fueron andando hasta llegar á la puerta del jardín, donde despues de haberse despedido, y dádole una propina al tío Andrés, tomaron la carretela para volverse á su casa. Durante el camino, Conchita fué muy silenciosa, y es seguro que por la noche, soñó en la linda quinta de Lara, y tal vez en su ausente dueño.

III.

Pasáronse tres dias despues de esta visita, y con gran admiracion de las señoras, no se habia presentado á devolverla don Luis de Lara. Motejábanle las señoras de Pacheco de impolitico, cuando éste las dijo:

—Me sorprende eso, porque antes de que viniérais vosotros, venia á verme casi todos los días aquí.

—Le daremos miedo Conchita y yo.

—En efecto, es estremadamente tímido, pero eso no basta para explicarme su conducta. Temo que esté malo. Hoy mismo iré á saber de él.

—Convídale á nuestro concierto del domingo, y dile que no admito excusa.

Pacheco fué á ver á Lara, y las señoras aguardaron con impaciencia su vuelta. Hay tan poco que hacer en el campo, que las menores cosas escitan con la ociosidad un activo interés. El no tener que hacer, predispone á distraerse y á ocuparse con cualquiera cosa. Así es, que salieron á esperar la vuelta de Pacheco, y poquito á poco llegaron hasta cerca de la hacienda de Lara.

—¿Estais aquí? les dijo Pacheco al encontrarlas. Si lo hubiera sabido, hubiera traído conmigo á Lara, que acaba de separarse de mí hace un momento.

—¿Está malo? Preguntó tímidamente Conchita.

—A la verdad no está muy bueno. Le he encontrado muy cambiado.

—¿Pero al fin, vendrá el domingo? preguntó la señora de Pacheco.

—Me lo ha prometido.

IV.

Pasóse pronto la semana en los preparativos y ensayos del concierto. Llegó la noche del domingo, y todos los convidados fueron exactos á la cita. Habría como unas veinte personas. Escusado es decir, que las mugeres eran graciosas y bonitas, basta decir que eran andaluzas.

La señora de Pacheco cuando vió á todos reunidos, preguntó á su marido por Lara.

—No ha llegado, aun no sé en qué consiste.

Conchita se hallaba sentada al piano donde iba á cantar el aria de la Norma. Nunca habia estado mas linda. Un vestido sencillo de crespón blanco, bajaba en anchos y diáfanos pliegues de su airoso y esbelto tallo: sobre sus negros cabellos peinados en banda tenia una simple rosa, cuyo color no era tan hermoso como el de sus frescas megillas. Su mirada era vaga, celestial. En el momento de cantar el aria que sabia de memoria, sus negros y expresivos ojos recorrieron la concurrencia, cual si buscasen á alguno; se fijaron sobre su tia, se sonrió, y entonó la cábatina *Casta Diva*.

Todos los ojos se hallaban fijos en Conchita. Durante el canto, un hombre vestido enteramente de negro con guantes del mismo color habia entrado. El señor de Pacheco, aproximándose á su esposa, la dijo en voz baja: ese caballero es don Luis de Lara.

—¿De veras! respondió con viveza, despues que se lo hubo presentado: cuando se retiró, examinóle atentamente.

Era un hombre pálido, de espresion triste, con pocos cabellos, que al través de su transparencia enseñaban la blancura mate de su cráneo, sus ojos ribeteados de encarnado, no tenían pestañas. Su nariz afilada se encorvaba sobre su boca á la que faltaban algunos dientes. Su rostro tenia una espresion profunda de tristeza y parecia encantado oyendo la voz de Conchita.

—No ha venido, dijo ésta á su tia, cuando hubo acabado de cantar, y de recibir los cumplimientos de la sociedad, dejando ver cierto sentimiento de desquite.

—Si, querida mia, respondió su tia, sin obligarla á explicarse mas. Está aquí.

—¿Dónde? replicó la sobrina con viveza.

—Allí, contestó señalando á donde se hallaba Lara.

Este, viendo que se ocupaban de él desapareció, dirigiéndose hacia el jardín, cuyas puertas daban á la sala, y estaban abiertas para dar entrada al fresco.

—¿Me engañais, tia! ¿es el dueño de la hacienda donde hemos estado?

—Si, querida, es el mismo don Luis de Lara, ese interesante jóven, como decia Pacheco. Convengamos en que los hombres se tratan con bastante indulgencia.

—¿Qué mal ha hecho mi tio, mas mal de lo que piensa! replicó Conchita, con tono serio y triste. He amado durante ocho dias la imágen que me habia hecho formar del propietario de la hacienda de Lara. Horrible ha sido el engaño.

La tia abrazó á Conchita y permaneció con ella un rato asomada á la ventana que daba al jardín, y junto á la cual habia pasado esta corta conversacion. Parecioles á ambas haber oido un gemido entre los jazmines del jardín, y aunque la noche era serena, estaba muy oscura; miraron y no vieron nada.

Continuó el concierto, pero ya la voz de Conchita no era la misma. Todo revelaba en ella una preocupacion interior. Terminóse el concierto. Despidieronse las gentes, pero don Luis de Lara no volvió á dejarse ver. Cuando todos se habian marchado, la señora de Pacheco reconvino vivamente á su marido.

—Esa es una locura, le dijo, yo conozco á Lara desde niño, le he visto aquí frecuentemente, y siempre me ha parecido un hombre de bien, de gran talento, y me agradaba mucho su compañía y su amistad. ¿Queriais que yo, que soy un hombre fuese á reparar en su fealdad? Confieso que hasta hoy no habia reparado mas que en su inteligencia y talento.

—Burlate cuanto quieras, respondió su muger, pero buen desenlace has dado á nuestros sueños.

—¿Y tengo yo la culpa de que sueñen ustedes, señoras mias?

Fuéronse todos á acostar. La tia y la sobrina disertaron toda la noche sobre el amor, sobre la atraccion de las almas, sobre el irresistible impulso de los espíritus simpáticos; agotaron la quinta esencia del sentimiento, y despues de haber razonado, ó tal vez desbarrado durante tres ó cuatro horas, vinieron á sacar en conclusion que á pesar de todas las cualidades intelectuales y morales de que pudiese estar dotado don Luis de Lara, seria imposible amarle y casarse jamás con él.

Al dia siguiente hallábanse cansadas la tia con la fatiga del concierto, y la sobrina con sus emociones. Cansáronse á poco del campo, y trataron de volverse á Sevilla para despues venirse á Madrid. La vispera de su marcha preguntó la señora de Pacheco á su marido por Lara, á quien extrañaban mucho no haber vuelto á ver.

—Lara está muy malo, respondió, es un alma superior que no habeis sabido comprender Concha ni tú.